

Teatro JAVIER VILLÁN / Madrid

Tragedia total y memorable

'DE RATONES Y HOMBRES'

Autor: John Steinbeck./ Dirección: Miguel del Arco./ Escenografía: Eduardo Moreno./ Iluminación: Juanjo Llorens./ Reparto: Fernando Cayo, Roberto Álamo, Josean Bengoetxea, Emilio Buale y otros./ Escenario: Teatro Español.

Calificación:

Adiós a la granja con un alfalfar para alimentar conejos, **adiós a los sueños de Broadway de una chica alocada e ingenua (Irene Escolar)**. Atención a esta actriz: **dará que hablar**. En los dos protagonistas, Georges (Fernando Cayo) y Lennie (Roberto Álamo), hay grandeza de corazón que nada vale contra la mezquindad de los hombres atentos, siempre, de la inmadurez mental de Lennie. El instinto se impone a la generosidad. La figura de Georges tiene intensidad trágica desestabilizadora. Sobre todo por el vínculo protector que mantiene con Lennie, el tonto. Lennie es una fuerza incontrolable: auténtica Goma 2 que no se sabe cuándo va a explotar. Mientras, el viejo Candy, alentado por un gran Antonio Canal, es el contrapunto de los elementos trágicos.

De ratones y hombres es el texto más controvertido de Steinbeck, el de *Las uvas de la ira*. Quizá aquella tenga una polisemia más rica y un pesimismo más devastador. Y eso le puede quitar dinamismo a la confrontación de clase; el obrero, sujeto histórico de la fecundidad del trabajo, como parecía pensar Steinbeck, es aquí un ser inerme: sólo lo reivindica la fuerza bruta de un lelo. Ángel Fernández-Santos escribió, acaso, en el mejor libro sobre cine del Oeste, que el *western* era la tragedia moderna. *De ratones y hombres* tiene algo de *western* y el determinismo maldito que domina al bueno. Pero Miguel del Arco le ha metido la intensidad brutal de Koltés, y no sólo por la diatriba contra negros. Del *western* dan fe la dirección y la escenografía con el paisajismo inmenso, el entramado rural y esos contraluces proféticos y hermosos que enmarcan las tribulaciones de los personajes; de Koltés tiene la identificación de tres marginaciones: la del negro, la de un subnormal y la de la mujer; el encuentro de estas fuerzas será la espoleta de una tragedia que tiene su profecía en las primeras secuencias: algo insólito va a ocurrir aunque no se sepa

qué. Un montaje redondo que perturba y hace pensar.

Las taras de Lennie pesan más que la difusa conciencia de clase en un texto y contexto proclive a ella. Roberto Álamo, que ya dio prueba de su talento en *Urtain*, quedará marcado por este papel. Georges le permite a Fernando Cayo consolidarse como uno de los actores del momento, superados algunos altibajos. Fue un mediocre Segismundo en *La vida es sueño*, de Pérez de la Fuente, y es la columna vertebral en *De ratones y hombres*. Todas las ramificaciones del conflicto pasan por él. También quedará marcado por esta función. La vi la noche más odiada y temida por los actores, dicen: la siguiente al estreno. Tonterías: un actor de verdad no puede tener días malos apuntalados en tópicos. Cuando el final inexorable se avecina, el silencio en la sala podía cortarse con una cuchilla de afeitar. Todo el elenco está al límite. Sin esa dialéctica entre secundarios y protagonistas no sería posible un montaje como éste. Memorable.
